

«AZUR»

¡Lloremos su muerte prematura! Era, sin género de duda, la más exquisita de nuestras revistas literarias. Los fundadores, directores, redactores y colaboradores eran pocos, apenas tres, pero tres exquisitos; el grupo de *Azur*, como ellos se llamaban. ¡Oh!, los grupos literarios de ahora no son nada subversivos; dos, tres personas á lo sumo.

El primer número de *Azur*, fué una revelación. Floro, Silvio y Lucio—todo el grupo—se dirigían... ¿al público? No; se hubieran considerado deshonrados si el público los leyera y los comprendiera. Se dirigían á media docena de exquisitos y á cuatro exquisitas.

Floro llenaba tres páginas de la revista con un soneto y dos madrigales. A continuación, Silvio estudiaba la obra y la personalidad de Floro. Era un estudio acabado, definitivo. Después, Lucio publicaba una media página

de cincelada prosa, y después, Floro analizaba la obra y la personalidad de Lucio y de Silvio...

Después seguían composiciones de un poeta americano. ¡El último poeta americano! Por lo tanto, el mejor, el único americano. A su desprendimiento se debía la aparición del primer número de la revista, y, ya se sabe, entre poetas americanos, el americano que paga es el verdadero americano.

¡Lástima de revista! Empezaba tan bien! ¡No se parecía á ninguna! ¡Era toda arte, toda exquisiteces! El segundo número se anunciaba como una manifestación gloriosa de la juventud literaria. Todo el número escrito por Floro, Silvio y Lucio...

En el tercero figurarían todos los poetas... ¡Siempre ellos! Con el americano de tanda. Quizás el mismo americano, si su ambición no se limitaba á figurar un solo día como el primer poeta americano. Pero, ¡ay! El dinero americano es incierto, como los mares. Hay quien llega á *sablear* y es *sableado*. Para llegar á tiempo es preciso esperarlos al desembarcar, como hacen los ganchos de casas de viajeros.

El grupo de *Azur* desdeñaba demasiado la realidad, y *Azur* no pudo subsistir.

¡Su muerte fué bien triste! Lo mató Fiera-

brás, el terrible escritor. Le bastó para ello enviar un artículo, con un recibo adjunto de ciento cincuenta pesetas. El artículo no fué admitido; no por el artículo, sino por el recibo. ¡Pero aquello era la muerte! *Azur* no podía esperar á pie firme la violenta arremetida de Fierabrás. Sólo la muerte de la revista podía salvarlos de sus justas iras. ¡A él no había quien le rechazara un artículo ni un recibo.

El americano de tanda los hubiera salvado; pero justamente á él ya le había llamado Fierabrás el primer poeta americano. Dos días antes habían comido juntos. No había de decirse tan pronto.

No hubo, pues, más remedio que sucumbir, no sin excisión muy profunda en el grupo de *Azur*. Pero nada habremos perdido. A la mayor brevedad, como anuncian los carteles de los teatros, tendremos dos revistas: una de Floro y Silvio y otra de Lucio solo; las dos sostendrán las más interesantes polémicas, y si Dios les da vida y aún quedan poetas americanos que descubrir... ¡el último primer poeta americano!, Fierabrás podrá enviar á cada uno un artículo y un recibo de ciento cincuenta pesetas.

¡JESÚS, QUÉ NIÑOS!

Deficiencias, no en la legislación—¿de qué no se habrá legislado en España?—pero sí en el cumplimiento de lo legislado, anulan los más laudables propósitos de protección á la infancia. Nuestras autoridades, más atentas á lo que les entra por los ojos, han limitado hasta ahora sus prohibiciones á los menores que ejecuten trabajos gimnásticos en los circos. Pero, en cambio, permiten toda suerte de gimnasia y acrobatismos intelectuales á una porción de párvulos, expuestos á malograrse en tan peligrosos ejercicios por el abandono de sus padres ó encargados y la imprevisión de nuestras autoridades.

Hoy, que tanto se abusa de prohibiciones y cierres, nada más urgente que el siguiente «ukase»: Se prohíbe hacer literatura á los menores. Por lo menos, sin presentar el grado de bachiller y un permiso de su señor padre, y aun esto para literatear por casa; pero nunca

en lugares públicos, en donde puedan molestar á las personas que por sus ocupaciones hayan de asistir á los dichos lugares.

Siempre hubo precocidades que lamentar; pero nunca en tan lamentable grado. Yo bien sé que no es toda la culpa de las criaturas; hay personas mayores y tenidas por serias que, en su afán por hacerse con admiradores, no reparan en edades ni sexos. Ellas son las que halagan á esos niños precoces y los lanzan por camino de perdición. ¡Hay tanta gente aficionada á sacar las castañas del fuego con mano ajena! ¿Y qué manos más propicias á ese arriesgado ejercicio que las traviesas manos infantiles?

¿Hay que vengar algún rencorcillo con tal ó cual primate de las letras con quien no conviene rifar abiertamente? Pues no hay como sugestionar á uno de estos niños para que se descare. Y que ellos necesitan poco para descarsarse. ¡Angelitos! ¡Frescura como la suya! Lo mismo se le meten á uno por casa á cualquier hora; y cuando uno se limita á recibirles con cortesía, ellos saldrán después escribiendo una semblanza de intimidades; que se entran por las obras de uno, sin haberlas leído, para ponerlas en los cuernos de la luna ó á los pies de los caballos, según soplen los aires.

Y los aires suelen ser que su vanidad salga ó no satisfecha de la entrevista. Que ellos crean que se les admira, ó que se les teme, ó que se les toma en consideración por algún estilo. ¡Tan contentos! Pero que ellos entiendan que su presencia nos deja incommovibles... ¡Enemigos de por vida!

Por lo regular, todos ellos desprecian el teatro. Arte inferior, arte de multitudes. Lo que no impide que toda su ilusión sea estrenar alguna obra.

Eso sí, siempre calco ó remedo de las que ellos desprecian.

Y á todo esto: ¿Su bagaje literario? Poca cosa, pero insignificante. Seis docenas de versos, cuatro sensaciones de vida... ¡Esta pobre tierra de Castilla los habrá padecido! Es la moda. ¿Nos habrán dado sensaciones de tierra castellana? La seca, la triste, la desolada, la de las llanuras sin fin, la del trozo que ellos vieron al pasar rápido de un tren... Como si en Castilla todo fueran llanuras y sequedades; como si no hubiera en ella serranías y arboledas y sotos umbrosos y hasta cascadas... ¡Cascadas, jóvenes precoces!

Pero ya digo, bien estaría, y nadie podría enfadarse con estas criaturas, si ellas jugaran sin molestar, como pudieran jugar al diávolo en sitio destinado á sus expansiones. ¡Pero

que todo un Ateneo de Madrid sea campo de recreo para esos niños!

¡Como si ya no hubiera hecho bastante daño con su biblioteca, esa biblioteca que debiera quemarse como medida de salubridad pública! De ella ha salido toda la erudición fácil, toda la pedantería de tres generaciones; de ella proceden todos esos estudios críticos atiborrados de citas; de ella, todos los empachos y saburra de lecturas mal digeridas, y ahora, para coronar su obra de cultura, el Ateneo, como Cristo, llama á los niños... Y es natural: las personas mayores que no quieren exponerse á salir descalabradas porque las criaturas jueguen, ni á tener que darles un pescozón, se alejan más que á paso. ¡Dejad á los niños! Sí, dejadlos solos... ¡Jesús, que niños!

LA PIEDAD DE LA CIENCIA

Un eminente doctor, consagrado toda su vida al estudio de la tuberculosis, en pleno Congreso médico ha tenido el valor científico de aconsejar á sus colegas que, tratándose de tuberculosos en tercer grado, no deben vacilar en anticiparles una dulce y piadosa muerte por medio de repetidas inyecciones de morfina.

El Congreso quedó, por lo pronto, estupefacto. Nada nos asusta tanto como ver sorprendido algo que en lo íntimo del pensamiento guardábamos como una verdad peligrosa. El presidente del Congreso se creyó en el caso de llamar al orden, tal vez á la razón, al impávido hombre de ciencia; y como éste, invocando toda la autoridad de una vida consagrada al estudio de la tuberculosis, insistiera en su afirmación, sus colegas, subyugados ante la seguridad y la valentía del sabio, rompieron, por fin, en aclamaciones y aplausos.

La primera actitud, la de estupefacción, pero resuelta después, no en aplausos, sino en todo género de aspavientos, será la de los espíritus aborregados á los que toda verdad asusta, como un sacrilegio contra la divina, intangible mentira, diosa de la humanidad, ordenadora de sus tristes destinos.

No digamos de la saludable aprensión con que habrán aumentado la suya tantos enfermos de ella, como aquel tragicómico de la inmortal farsa de Molière. Tendrá que ver el gesto de confianza con que cualquiera de ellos oirá, no á su médico de cabecera, á todas las eminencias médicas reunidas en consulta: «Lo más indicado, por ahora, son unas inyecciones de morfina.—¿Morfina dijisteis?—¡Ah! Que ya os veo venir—pensará el doliente imaginario.—¡Vayan ustedes con su morfina á los corrales de la Plaza de Toros y anticipen ustedes una dulce y piadosa muerte á los infelices y sentenciados toros, y ya que los laureles del puntillero les quitan á ustedes el sueño, sean ustedes puntilleros antes de la letra, y si de una vez quieren ustedes ahorrar sufrimientos á la humanidad, sea Herodes y no Esculapio el numen tutelar de la Medicina, y que el aborto y el infanticidio sean la suprema piedad de su piadosa ciencia.

Ya será algo que muchos aprensivos, tan

expuestos á degenerar en morfinómanos, sustituyan la morfinomanía con la morfinofobia. En cuanto al deber, que todavía tardará en ser un derecho, de anticipar la muerte á un desahuciado, ya es para considerarlo más seriamente.

Los buenos cristianos dirán que es impiedad horrible ese anticipo que puede malograr una ejemplar conversión de última hora ó un buen milagro que, bien administrado, puede redundar en mayor gloria de Dios y de sus santos. Aparte de que, sobre el «No matarás», sólo cuando de guerra ó de persecuciones religiosas se trata, tiende la Iglesia el protector cuanto elástico manto de su maternal indulgencia, y hasta ahora los doctores en Medicina no están considerados como ejércitos beligerantes.

Los creyentes en el poder único de la sabia y providente Naturaleza, tampoco verán con buenos ojos esta ligera enmienda á los desiguos naturales que ellos juzgan siempre encaminados al mejor orden de todo lo existente. Y éstos sí que no tienen la disculpa de creer en lo que no se ve, donde todo cabe, porque si atendemos con humildad y con desinterés (único modo de buscar la verdad) á lo que á todas horas vemos, hay que convenir en que la intención de la Naturaleza con nos-

otros está bien vista. Sin corregirla, sin contrariarla, sin vencerla, la vida del hombre sería imposible en la tierra un solo día.

De la Naturaleza bien puede decirse lo que un personaje de *La tempestad*, de Shakespeare, dice al admirar las condiciones naturales de la isla encantada de Próspero, antes de Caliban: «Aquí hay de todo lo que hace falta para vivir, excepto los medios de vida.»

La Naturaleza es sobre todo pródiga (digamos lujuriosa) en sus creaciones. Crea muchos seres con el único objeto de destruir á otros seres. En esto fundan sus admiradores incondicionales una de las pruebas de sabiduría de la Naturaleza, tan convincente como aquella otra de que la Naturaleza prodigó el color verde porque es el que menos daña á la vista del hombre. Mayor prueba de sabiduría hubiera sido dotarnos de una vista á la que no dañara ningún color.

Pero, en fin, quisiera yo ver, sin participar de ella, la desastrada existencia que llevarían esos admiradores de la sabia Naturaleza, si la mano profana del hombre no hubiera puesto algo de orden en ella. Á esto replicarán muy razonablemente que buena prueba de la sabiduría de la Naturaleza, es haber dado al hombre facultades para sacar de ella todo el partido posible. Y conformes en esto, ¿por qué

no hemos de estarlo en que el hombre, como lo es de la Naturaleza, deba ser cultivador del hombre mismo y no detenerse ante lo perjudicial, lo dañino, lo parasitario de la especie humana, como no se detiene para destruirlo en el resto de la Naturaleza?

Cuando en ella sucumbe, porque á destruirlo va todo nuestro esfuerzo, lo mal nacido y lo mal criado, sólo en la especie humana, por no sé qué viciosa piedad por los débiles que más parece temor ó envidia á los fuertes, los débiles, los enfermos, los desgraciados, los inútiles para la vida, son los que hallan en la piedad de todos mejor defensa para subsistir en ella; mientras contra los fuertes, los de valor positivo, se conjuran todo el rencor y toda la malquerencia de los hombres, que sólo se resignan á soportar para su gobierno social, la fuerza de cantidad, en la que todos somos número, aunque muchos sólo sean ceros á la izquierda; pero mal consienten la fuerza de calidad, la que sobresale por sí sola y sobre todos domina, porque ésta les humilla al empequeñecerlos.

Por eso la humanidad no cultivará nunca al hombre; por eso la morfina seguirá siendo el dulce alivio que prolongue el vivir de los inútiles; y la compasión, esa engorrosa virtud, sólo aplicada á lo mal nacido y á lo mal cria-

do, seguirá cultivando como preciosas plantas de invernadero, enfermos incurables, criminales incorregibles, idiotas y raquíticos, todo el parasitismo humano; hasta que la Ciencia, única Religión y única Ley, como hoy el deber de aliviar, adquiriera el derecho á suprimir, que será, tanto como la suprema justicia de los fuertes, la suprema piedad con los débiles.

CUENTOS DE LA VIDA

De cuando en cuando, la vida se toma el trabajo de componer un suceso cualquiera de su pasar continuo, como una obra de arte; es algo entonces que renueva á nuestra emoción sensaciones de literatura más que sensaciones de la vida misma. El suceso parece un drama, una novela, un cuento, y es así como nos emociona y solicita nuestra atención, indiferente y distraída cuando la realidad se contenta con pasar ante nuestros ojos sin gritar á nuestros oídos.

Ahora, la vida nos contó el cuento de la madrastra, el cuento que á todos nos aterró de niños. ¡La madrastra, terrible como el ogro en los cuentos de hadas!

Al oírle, hombres y mujeres se han estremecido de piedad y de indignación. ¡Qué crueldad! ¡Qué infamia!

¡Cinco niños martirizados, cinco niños que padecen hambre y miseria, y no saben de juegos, ni de caricias, ni de la luz del sol! ¡Cinco